

Erri de Luca
NAPÁTRIDA
Volver a Nápoles

TRADUCCIÓN DE CARLOS GUMPERT MELGOSA

EDITORIAL PERIFÉRICA

PRIMERA EDICIÓN: agosto de 2023
TÍTULO ORIGINAL: *Napòlide*

© Erri de Luca, 2006

Primera edición en Edizioni Dante & Descartes
Publicado gracias a un acuerdo con Susanna Zevi
Agenzia Letteraria, Milan

© de la traducción, Carlos Gumpert Melgosa, 2023
© de esta edición, Editorial Periférica, 2023. Cáceres
info@editorialperiferica.com
www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-18838-79-8

DEPÓSITO LEGAL: CC-106-2023

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

La editora autoriza la reproducción de este libro, total
o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre
y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

PAISAJE

Un paisaje es un lugar donde el aire no choca con los muros, donde los ojos pueden liberar sus dioptrías hasta el horizonte. Un paisaje es donde nosotros, los de la especie humana, estamos en minoría respecto a los pájaros, los árboles y los peces.

El hogar de mi infancia fue el mar, el Tirreno, islas volcánicas empujadas desde las profundidades abisales para emerger impetuosamente, materia flégreá derramada y endurecida al sol. El fondo marino se hunde al abrigo de la costa: unos pocos pasos, y tendremos el vacío sin límites bajo los pies. Quien se adentra en el agua se apoya en la inmensidad y se percata de estar sostenido por ella, de estar en la cima del mar. Flotamos gracias

al principio de Arquímedes, pero también, sin ánimo de cuestionar su ciencia, gracias a la profundidad que empuja desde abajo porque quiere aflorar a la superficie.

Nos sumergimos en la cavidad de las olas y nos hallamos en el umbral de la vastedad que nos ha precedido y nos envolverá. Aquí está la ola que impulsaba a Ulises mar adentro, lejos del regreso; aquí está el viento de Eolo que lo perseguía; aquí está el queso de oveja de Polifemo, quien, ciego, ya no podrá verlo curarse en la penumbra de la bodega. Los paisajes se aferran a una infancia y nunca se desprenden de ella.

En las remotas tierras por las que deambulo, puedo volver a habitar, gracias al metro acicate de uno de mis sentidos, los lugares que fueron míos. Basta con un sonido metálico para evocar el remo preso en el escámo; un olor a asfalto trae el regalo de una playa en primavera y a los pescadores con estopa y alquitrán. Un pinchazo de inmediato se convierte en la púa de un erizo de mar vengándose del cuchillo que lo destripa y de quienes se lo comen vivo.

Un hogar en el que, dondequiera que esté, por la gracia visionaria de mis sentidos, habito nuevamente al vuelo, pleno, ileso. Muchas veces el tiempo lo difumina con sucesivos borradores, pero no dentro de mí. La bahía ahusada de Bagnoli, antes de Italsider,⁹ se cubrió luego con los altos hornos de colada continua, con el humo carbonero de la fundición. Después, al cabo de ocho olimpiadas, tras un nuevo desmantelamiento de las instalaciones, la playa fue devuelta a la marea de cuerpos desnudos al sol. La angustiosa sucesión de borradores no me enferma de melancolía. Dentro de una página, mientras la escribo, puedo situarme una vez más en el tiempo precedente, en ese antes que me ha tocado en herencia: un puerto deportivo en ruinas, un hormiguero de infancias desnutridas, proteínas exprimidas a las anchoas, un descenso a la carrera desde la horda de callejuelas hacia el suroeste, donde la ciudad cesa de repente y comienza

⁹ Empresa siderúrgica italiana que, entre principios del siglo XX y finales de los ochenta, fue una de las mayores de Europa.

el mar abierto. Frente al espigón, el mar animaba a la mirada a atravesarlo, a desembarcar, en un abrir y cerrar de ojos, en la isla de enfrente, la Capri de los emperadores romanos, de los semidioses del cine, de los exiliados rusos y de los nórdicos en verano. En la duración inmensa de los minutos, refulgen las luces de mis visiones; luego cierro los ojos y cae un cierre metálico sobre mi tierra intacta.